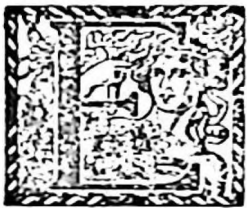


Mariano Picón-Salas

Elogio de un poeta del pueblo



EN las ciudades de Chile—como en todas las ciudades del mundo—hay algunos puntos en que la vida urbana y la vida rural convergen en intercambio de rostros, de olores, de gestos y de mercaderías. Son las estaciones de ferrocarril. Existen las estaciones aristocráticas, paradas de expresos internacionales que traen pullman y coche comedor y donde arriban o pasan los turistas ociosos y las primeras figuras de la política y las finanzas. Para ellos, personajes foráneos, en aquellas plutocráticas estaciones se pagan guías políglotas de gorra azul; funcionan hasta alta noche las oficinas del cable y del telégrafo y pueden saber a la hora más inusitada las cotizaciones de la Bolsa. Los limpios muros proclaman en policromos carteles el encanto de un balneario, las virtudes de ciertas aguas termales y el universal empleo del salitre chileno o del café del Brasil. El hierro, el cristal, el cemento armado concurren en monumentales juegos de formas a levantar el orgulloso ámbito de aquellas catedrales de la técnica y del capitalismo. Se llaman la

dad de la juventud; preciosa justicia distributiva de la historia, aun valiosa por tardía! Una generación puede ser injusta y parcial en su apasionamiento al juzgarse entre contemporáneos; pero rara vez se equivoca al evaluar a los que la precedieron. Un hábil juglar de las palabras puede engañar hasta a la crítica más experimentada, por un corto tiempo; pero andando los años, la hojarasca en que se convirtió su obra no podría engañar ni a un niño. El tiempo al par que la muerte nos van despojando de nuestros más vistosos ropajes, de nuestros adornos efímeros, para dejarnos desnudos como nacimos y reducidos a la sustancia de nuestros huesos, a nuestras obras más o menos perdurables. ¿Qué ganamos, escritores y poetas, con nuestras verbosas paráfrasis del arte y el pensamiento ajeno, dónde se fué el eco de nuestros pomposos acentos de falsos profetas, si todo lo que se recordará de nuestra generación no será acaso más que un puñado de versos disonantes y broncos; algunas historias de mineros y vagabundos; pero que guardan en sus entrañas la leche y la miel de nuestros campos, el sudor y el humo de nuestras ciudades?

Quiero recoger en seguida esta otra lección, que en cierto modo se desprende de la anterior: que no es la perfección externa lo que puede asegurarnos un puesto perdurable en los anales de la creación artística, sino el don de transmitir tan directamente y tan escuetamente como sea posible, la imagen, el acento y el latido con que la vida fecundó nuestro espíritu. Pezoa

Véliz creó sus versos braceando con frenética vehemencia por la forma más expresiva, por la palabra justa; y una vez que lo hubo conseguido, o mejor dicho, tan pronto como comprendió que tocaba el límite de sus capacidades de expresión, jamás se empecinó en darle en frío a sus poemas el mero pulimiento externo con que embalsama su obra el literato vulgar. Tampoco creyó nuestro poeta en una categoría de los géneros o los asuntos de arte, y si sus temas parecen humildes y hasta groseros, él nunca dejó de reconocer altivamente que en la esfera de la creación artística la mayor gloria—así sea ella póstuma—estará reservada para los descubridores de mundos nuevos, aun cuando éstos sean apenas islotes salvajes en vez de continentes espléndidos.

Y ahora diré que este gesto laudatorio de los poetas revolucionarios para uno de sus hermanos mayores, pone además de manifiesto una actitud inesperada y al parecer contradictoria de sus tendencias, en cuanto significa el reconocimiento de una tradición, de la necesidad imperativa de tender una mano a su espalda para soldarse con ella a la cadena de las generaciones. Pero, si bien se mira, no hay tal contradicción. El ideal de la Poesía es un ideal de solidaridad humana, y por lo tanto no puede limitarse a abarcar en el espacio los ámbitos del mundo, sino que ha de penetrar a través de la dimensión fugitiva del tiempo en la ronda eterna de los tiempos—una mano tendida a los que nos precedieron; la otra a la espera de los que han de venir.

[Y cuánto más cierta de su duración estará una tradición literaria, si en sus formas nuevas se amasan materiales que ya pusieron antaño a prueba los rapsodas homéricos y los visionarios de la Biblia!

EL HOMBRE Y SU EPOCA. — Pezoa Véliz nació el año en que comenzó la Guerra del Pacífico (1879), y alcanzó la pubertad en ese fin de siglo en que Chile se transformó de campesino parsimonioso en rumboso minero, gracias a la fortuna pródiga del salitre. Un vistoso enlucido de opulencia cubría los adobes post-coloniales, y la sociedad chilena se desperzaba en una fiebre de grandezas, de goces y de aventuras financieras. Balmaceda quiso con ilusorio idealismo, rectificar la marcha del Estado; pero una coalición de banqueros y capitanes de industria, apoyada en la letra de la Constitución y en la credulidad de la opinión pública, pasó triunfalmente por encima de su cadáver.

Nuestro poeta es naturalmente hijo de su tiempo. En él se combaten, por lo tanto, las ansias de opulencia con los torvos rencores del desheredado, y sus sueños más nobles de creador no siempre arrebatan la mejor parte a sus aspiraciones de fortuna. De los arrabales de Santiago, donde nació, sale adolescente, pero no ya inocente, a tentar mejor suerte en los suburbios de Valparaíso. Carlos es un muchacho enjuto, de pura energía nerviosa, oscilante como tal entre el frenesí y el desaliento. Su voz áspera y desapacible

establece una armonía discordante con su cara enjuta, tallada a recios planos, con su boca sensitiva y mordaz, con su pelo duro de indio rubio, con toda su persona felina que se expresa en movimientos cimbrantes, en bruscas acometidas que jamás nadie puede estar seguro si terminarán en el abrazo o en la bofetada; y esta contradicción andante halla todavía un contraste más entre la voz metálica y la vibración trizada de su risa, cortada por dejos amargos o burlones.

LA OBRA. — Sus versos propios, descontadas imitaciones y virtuosismos, se reducen a unos quince poemas más o menos breves, que serán los que escojamos para la edición definitiva que debe sobrevivirle, junto con el busto que esta hermandad de intelectuales hará esculpir en la piedra granítica que es todo nuestro suelo. El también, como tantos otros, lo llamó «nuestro». ¡Nuestra tierra, nuestra gente! — pura licencia poética de un desheredado que no tuvo ni los cuatro pasos de suelo que se necesitan para que no lo molesten a uno, mientras duerme el sueño eterno; y que tampoco tuvo un nombre, o peor todavía, que a menudo vió correspondidos los zarpazos de su ingenio con el retruécano insultante de su apellido, tirado a la cara como un salivazo:

— ¡Hombre, no sea pezoa!...

Cómo sorprenderse entonces de que muchos de sus versos sean tan amargos como su experiencia del mundo. Pero, por eso mismo, con qué ardor sensual no se

infiltra en ellos el ansia casi dolorosa del deseo; la sensación que crispa la mano en un espasmo sobre la carne dura y tersa de una hembra joven; la fruta que tiritita en el árbol, a la cálida bocanada del viento, en la plenitud de la savia primaveral; el alarde jactancioso del hombre que esgrime el relámpago del corvo, y que una vez que corra la sangre hasta el suelo, hará que el vencedor agasaje al vencido hasta que corra el vino sobre el mesón. El amor sentido con la urgencia punzante de la juventud; la voluptuosidad de la lucha igualmente embriagadora.

Luego acoge el poeta la compasión fraternal por el desvalido, hasta la simpatía mística por todo, seres y cosas:

Pasan perros vagabundos de ojos zarcos;
 pasan otros de terrífica belleza,
 y contémpanse las greñas en los charcos . . .

¿Quién se atreverá a dar un nombre a ese vagabundo de ojos claros que va viendo reflejada su belleza terrífica en los pantanos? ¿Quién tomará partido por Pancho o por Tomás, por el lobo o por la oveja? No será siempre el poeta, porque a lo largo de todas las horas de su vida se han de sobreponer alternativamente en sus crisis morales la humildad cristiana y la admiración de la fuerza avasalladora.

Pero, en las horas sombrías como en las soleadas, Pezoa Véliz se dejará apacentar dócilmente por la na-

turaleza. La frescura fragante del pasto contra su frente afebrada es como una mano maternal, acogedora y sedante; o tendido en la playa como un náufrago, frente al mar, deja desvanecerse la ponzoña de un mal pensamiento o el ácido de un mal recuerdo bajo el alatazo del viento, al roce sordo del oleaje.

EL ESTILO.—No hay acaso en toda nuestra literatura un poeta con estilo más personal que el de Pezoa Veliz, ningún otro que nos dé en sus palabras una sensación tan directa de la cosa misma, fundiendo como en una llama su sentir con el nuestro. Y ese estilo tan personal es justamente el reflejo de su conflicto íntimo, hecho de exquisitas adivinaciones y de turbios anhelos, de lampos de intuición y de rebeliones sensuales. En el elemento verbal alcanza a ratos la expresión más certera, para caer luego en el ripio atrabiliarrio o en la frase de molde:

La noche, la sombra, el frío,
la torrentera, el peñón
donde envejece el bohío...

¿Qué viene a hacer aquí ese rancho disfrazado de bohío, tomado acaso de un paisaje colombiano de nuestro Soffia, caído como un intruso entre los espinos y algarrobos de Chile central? Pero ¡qué importa! si una imagen poderosamente patética, tal un acorde de la Sonata misma, surge de pronto en la vaga lejanía:

La noche, la sombra, el frío,
 la torrencera, el peñón
 donde envejece el bohío...
 La montaña en oración.

Una poesía religiosa, diríamos, como siempre que el hombre se siente en comunión con la vida entera. Una poesía harto humana, además, porque en este poeta hay la riqueza de un temperamento que se derrama sobre todos los géneros, con esos dos dones salvadores: la fuerza y la gracia. Todos los géneros menos el género pomposo. Más todavía, en los versos de su última época, como en ese poema *Alma chilena* que resume la picardía zumbona del pueblo y lo plasma entero en un gesto de generosa fraternidad—todos los tonos alternan sin estridencia, del descriptivo y pintoresco hasta el grotesco y el elegíaco:

La inmensa ciudad condensa
 su vida, ahonda en sí misma,
 y bajo la noche inmensa
 se reconcentra, comienza
 a meditar y se abisma

.....
 El maipino Juan María,
 Juan José y Pancho Cabrera,
 huasos que fueron un día,
 hoy ya en la secretaría
 de un centro de unión obrera.

.....

Reíase con estruendo
como ríen los ladinos
huasos, como canta riendo
el borbollón que corriendo
va en los ríos colchagüinos.

Se reía, mas, de pronto,
Pancho interrumpió el trabajo.
—¿Y la mujer? Era tonto
reír. La pobre era el monto
de esa risa tan de abajo.

¿Por qué no ayüarla? Acaso
lo ejarían pa mañana?
Pa su mantención, pa un vaso
estaba aún robusto el brazo
del negro Lucho Orellana.

.....
¿Importaba un pan? Acaso
no era hermano el desvalido?
Brazo de pobre era brazo
de Juan, de Pedro, si al paso
había un pobre caído.

Astucias de Manuel Rodríguez; picardías de Niño Diablo; abulia de Juan Perea; melancolía del mozo que se siente envejecer ante el cariz lloroso de un cielo de otoño. o tristeza desgarradora que muerde en las entrañas al escuchar el redoble funeral de la lluvia

desde una cama de hospital: he ahí aspectos igualmente genuinos en su diversidad, de un hombre que amó desesperadamente la alegría de vivir y que probó hasta las heces el dolor de vivir; que como tantos otros de esta raza híbrida, se debatió fatalmente aprisionado en cruz con los clavos de sus pasiones sobre los maderos mal ajustados de dos estirpes antagónicas. Una criatura humana que supo de miserias y bajezas en el cruento aprendizaje de su vida; pero que como artista se mantuvo heroicamente fiel a la moralidad del arte, la única que cabe aplicar a la obra de un creador más allá de su muerte. Por eso se salva de la muerte espiritual: porque supo ser fiel a su naturaleza profunda, porque hizo de su arte una confesión en voz alta, y por eso sobre su obra desnuda, como sobre el cadáver de Lázaro, se tiende desnuda la juventud y la vivifica de nuevo con su aliento. Se salva, en fin, porque en su obra reconocemos al hombre total, con sus aspiraciones infinitas y sus caídas lamentables, porque fué ante todo humano, sustancialmente humano, y porque se atuvo a su vaso tosco y a su vino áspero, desdeñando todo lo que en el arte proviene de la mera habilidad, y que no vale más que la maleza en un cementerio.

Y aquí terminan mis palabras de recordación. Los versos de Pezoa Véliz van a florecer de nuevo ante vosotros, en boca de una mujer, como esas semillas tenaces que, soterradas en los túmulos milenarios de Egipto, apenas arrojadas otra vez a la tierra reventaron en espigas. Un haz de esas espigas, un haz de sus

versos más granados y maduros, va a ser puesto entre las páginas de un pequeño libro. En él podrá la generación que ahora honra su memoria, encontrar la esencia rediviva de su poesía; el alma fraternal del poeta, acaso lo mejor de él mismo. Y cuando esta juventud generosa y justiciera vuelva de cumplir su misión, nos corresponderá a nosotros señalarle el pedestal vacío bajo el cual yace la obra de otro noble artista literario; del escritor que iluminó con las claridades de su espíritu las lobregueces de *Sub-Terra*, y que enfrentando sin pestañear una realidad de pesadilla, la presentó en su obra como una advertencia dolorida e indignada, como el prólogo de su mensaje de fraternidad y amor: **Baldomero Lillo.**